

ACTO SEGUNDO

Un cuarto modesto, de teatro, en donde se visten Guadalupe, Rita y Alfonsa. En una esquina del foro un saliente, que sirve de segundo cuarto para cambiar de ropa, y que se aísla con una cortina pendiente de una varilla. La cortina no llega al techo ni al suelo. Una puerta de escape a la izquierda, y a foro o a lateral derecha otra puerta.

Es de noche. Se supone que representan una comedia moderna.

ESCENA PRIMERA

ALFONSA y RITA: luego TRASPUNTE

(Entran abriendo la puerta, encienden la luz del centro y después la del tocador.)

TRAS.—*(Asomando y retirándose luego).—*

¡Que voy a empezar, eh!

RITA.—Bueno.—A vestirse, Alfonsa.

ALF.—Para nosotras hay tiempo.

RITA.—Sí; pero no están los días para descui-

darse, que el empresario aprovecha cualquier pretexto para largar la gente a la calle.

ALF.—Esta decena echaron a tres, y para la próxima, de fijo ya, salen Antoñita y su marido.

RITA.—El marido no sirve para nada.

ALF.—Eso dice la mujer, y sus motivos tendrán... Pero a ella no le coge de nuevas, que ya el día de la boda se lo dijeron todos sus buenos amigos: «La acompañamos a usted en el sentimiento, Antoñita...»

RITA.—Aunque la baja de ese actor poco alivio supone en la nómina, puesto que no cobra.

ALF.—No. En los contratos no figura más que la mujer. Y el marido lo trae luego de propina... ¡Hale, a vestirse!

(Cierra la puerta, empezando las dos a mudarse).

RITA.—En cambio, verás cómo no echan a la María Montaña, y eso que es una gata.

ALF.—No lo es.

RITA.—¿Que no?

ALF.—Ni puede serlo..., porque ayer mismo decía la Empresa que era un perro.

RITA.—Por esa razón, sí. ¡Pero que hable también el empresario, que es cosa fina el don

Bruno Forragueira das Pampasl... Piedra berroqueña.

ALF.—¡Pues si fuera de mantequilla estaba aviado para tratarnos!

RITA.—¡Nos lo comíamos!

ESCENA II

DICHAS: CHICHITO

(A la derecha de la puerta se supone el escenario, y a la izquierda los cuartos y la calle.)

CHI.—*(Vestido y caracterizado para escena, entra como Pedro por su casa, aunque pregunta por fórmula).*—¿Se puede?

ALF.—¡Lo que se podía era preguntarlo antes de entrar!

CHI.—¿Para qué?

ALF.—¡Por si no estábamos vestidas!

CHI.—Eso lo hubiera yo notado en seguida... y me retiraría.

RITA.—¡A buena hora!

CHI.—Siempre es buena para ver lo bueno.—*(Abrazando a Rita, que le empuja).*—¿Has visto qué maneras tiene ésta?—*(Abrazando a Alfonso, que le empuja)*—¡Hoy estáis intratables!

ALF.—Intratables.—¿Nos dejas vestir?

CHI.—Vaya...

ALF.—Pues lárgate.

CHI.—(*Sentándose*).—No. Para estos casos precisamente os han preparado los otros salones con tapices y colgaduras orientales.

RITA.—(*Por el cuartucho*).—¿Estos son los otros salones?

CHI.—Esos.

RIT.—(*Por la cortina de percal*).—¿Y este es el tapiz?

CHI.—Ese. Por el lujo de la estancia bien se conoce que sois las preferidas de don Bruno.

ALF.—¡Puedes asegurarlo! ¡Este cuartucho para vestirnos tres: la Guadalupe, ésta y yo. ¡No podemos revolvernol!

CHI.—Ni conviene que andéis revueltas...

RITA.—¿Pasamos al salón oriental?

ALF.—Yo prefiero el árabe...

RITA.—Pues por aquí...

(*Entran en el segundo cuartucho, corriendo la cortina*).

CHI.—¡Niñas!... Cuando yo vine... ¿de quién hablábais mal?

ALF.—De nadie.

CHI.—¡Siempre exageradas!... Haced memoria. ¿Era de mí?

RIT.—No.

CHI.—¿Aún no? Es que no había llegado mi turno. ¿Era del director?

RITA.—No.

CHI.—¿Del empresario?

RITA.—¡No!

ALF.—¡Sí, Chichito, sí!

CHI.—Pues os acompaño en la travesía. ¿Qué sayo le cortábais?

ALF.—Al contrario. Decíamos que es muy listo.

CHI.—Y lo es, sólo que algo inculto, porque no tiene carrera ni ha estudiado nada. Una tierra virgen y sin cultivar. Como le dijo Román Barradas, nuestro insigne y maldiciente autor: «Don Bruno, usted lo que necesita es abono...», y don Bruno le respondió: que efectivamente, eso es la salvación de las empresas, aunque los abonados dan muchos quebraderos de cabeza.

ALF.—Respondió por lo único que le importa; por su negocio.

CHI.—¡Niñas!... ¡Niñas!

RITA.—¿Qué sucede?

CHI.—Cabe el tapiz damasqueño diviso unas pantorrillas muy amenas... ¿A quién pertenecen las que hay a mano derecha según se va... y según se ve desde mi sitio?

ALF.—Averigüalo.

CHI.—Allá voy.

ALF.—¡Sin movertel! ¿Cuáles te parecen mejores?

CHI.—¿Mejores?...—(Aparte).—¡Las pantorrillas postergadas me sacan los ojos!—(Alto).—A mí me gustan mucho las cuatro. ¿No hay más, verdad?

ALF.—Tienes que elegir dos solamente.

CHI.—Pues dos solamente. La primera de la derecha y la primera de la izquierda.

RITA.—¡Eso no vale!

ESCENA III

DICHOS: HÉRCULES

HÉR.—(Vestido para escena).—Buenas noches.

ALF.—¡Buenas noches!

HÉR.—Salud, pimpollitos...

CHI.—¿Qué comes?

HÉR.—Un caramelo.

(Abriendo la boca).

CHI.—¿Blanco?

HÉR.—Es que me como también el papel pegado para no perder tiempo...

CHI.—Vaya un gusto...

HÉR.—¿Por qué crees tú que me gané en buena lid mi sobrenombre de Hércules si no por mis hazañas?

CHI.—Yo no he visto nunca en tí nada de particular. Que trabajas... y nada más.

HÉR.—¿Y eso no es hazaña? Una. Tengo cinco pesetas de sueldo. Dos. Estoy casado. Tres. Tengo doce hijos. Cuatro... ¿Deseas saber más?

CHI.—No, hombre, no.

ALF.—(Saliendo ya con Rita del cuchitril y concluyendo de arreglarse ante el espejo, una sentada y otra tras de ella, en pie).—Ya podían ustedes poner fin a esa gracia de los nenes.

RITA.—Dios sabrá por qué le manda tantos.

HÉR.—Dios lo sabrá, sí; pero nosotros te aseguro que ni lo sospechamos siquiera.

ALF.—Y después de todo, no hay que apurarse de eso ni de nada; en donde comen once, comen doce.

HÉR.—Exacto, Alfonsita, exactísimo. Sólo que en casa modificamos un poco el axioma, y decimos: en donde no comen once, no comen doce. ¡Y a vivir el que pueda!

CHI.—No hay más remedio que resignarse, porque no los van ustedes a matar.

HÉR.—Pues no creas, ya se lo he propuesto también.

ALF.—¡Qué atrocidad!

HÉR.—¿De veras te figuras que es menor atrocidad el dejarlos venir al mundo sabiendo que no he de poder educarlos ni instruirlos ni alimentarlos casi? Crimen por crimen, no sé de cuál me pedirán los cielos una cuenta más estrecha.

CHI.—Un poco más o un poco menos, todos andamos igual. En casa privaciones, y después venga usted al teatro muy contento, para hacer fastuosamente Príncipes, Reyes... y caballos. ¡Hay para suicidarse!

RITA.—Este se puede quejar, que gana seis duros.

HÉR.—Cobra, cobra seis duros.

CHI.—¿No los gana? Por mi cara bonita no me los dan.

HÉR.—Seguramente, Chichito. Mirate al espejo y desecha esa idea para siempre.

CHI.—Pues entonces por algo será.

HÉR.—Todo es por algo, sí.

ESCENA IV

DICHOS: TRASPUNTE.

TRAS.—A escena, Hércules.

(Mutis.)

HÉR.—Voy. ¿Por qué es primera actriz Esperanza?

ALF.—¡Anda la pregunta! Porque es amiga del dueño del teatro.

HÉR.—¿Quién de vosotras ha dado una prueba de mayor talento dramático?

ALF.—Ninguna.

HÉR.—Luego ella es la que merece el primer puesto, según la lógica.

CHI.—Eso es discurrir, eso.

HÉR.—¿Por qué os figuráis vosotros que han contratado aquí un número de focas amaestradas? Porque lo merecen, que ni las comedias ni nosotros damos un real... y las señoras focas van a llenar el teatro, que es lo que se trata de demostrar.

RITA.—¡Pero eso no es cierto!

ALF.—¿No es verdad que las traigan?

HÉR.—¡Y tan verdad! Es un número carísimo,

sí, pero nuestro empresario no repara en gastos con tal de mejorar la compañía.

RITA.—¡Te mejorará a til!

ALF.—¡A ti solamente!

HÉR.—A todos, a todos.

TRA.—¡Hércules!

HÉR.—¡Voy!

CHI.—Pero es indecoroso que nos obligue a trabajar el mismo día y en el mismo escenario que unos bichos.

HÉR.—Puede ser que a las focas les moleste también. Resignémonos todos.

TRA.—¡¡Hércules!!

HÉR.—¡¡Voy, hombre!!

ESCENA V

Dichos: menos esos dos.

CHI.—Buena persona este Hércules, aunque barrenado de arriba.

ALF.—Un gran compañero.

CHI.—En escena me causa espanto, porque no se aprende jamás los papeles. Sabe el argumento... y dice cosas parecidas a las que debiera decir.

RITA.—Algo es.

CHI.—Para hilvanar lo que él inventa con lo que yo tengo que responderle sudo tinta. Ahora, hay que reconocer que en eso triunfa una vez más su amor a la lógica. Si la comedia no gusta en el estreno hubiera perdido el tiempo estudiándola, y si gusta ya se la aprenderá en las representaciones sucesivas. Y así, a fuerza de representaciones, se ha dado el caso efectivamente de que sepa alguna obra...

GUA.—Buenas noches. ¡Vengo sofocada!

CHI.—¿Te han dicho algún disparate muy gordo?

GUA.—¡De andar de prisa!

CHI.—Entonces... «—reposa aquí, y un momento—olvida de tu convento—la triste cárcel sombría...»

GUA.—Ya sé que haces el Tenorio, ya...

CHI.—¡Mentira!

ALF.—¿Con quién, tú?

CHI.—¡Haz el favor, eh!

RITA.—¿Con quién?

GUA.—Con la Carolina.

CHI.—Te suplico muy en serio, Guadalupe, pero muy en serio, que no gastes esas bromas, por que a mí no me gustan chismes.

GUA.—Será de los tuyos, por que los ajenos te han sabido siempre a golosina.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CARRILLO Y LONGORIA
4423 MONTERREY, MEXICO

ALF.—Cuéntalo.

CHI.—¡¡Que te lo suplico, eh, Guadalupe!!

ESCENA VI

DICHOS: TRASPUNTE.

TRA.—Chicho...

CHI.—No voy.

TRA.—A escena, hombre.

CHI.—¡Que no puedo ir ahora!

TRA.—(*Empujándole suavemente.*)—Déjate de bobadas.

CHI.—De veras que no voy, que suspendan la representación, que digan que me puse malo, que me he muerto... ¡lo que quieren! pero yo no voy.

TRA.—No seas tonto, Chicho.

CHI.—Si es que van a hablar mal de mí, Rodríguez! Me consta que van hablar mal de mí ahora mismo, Rodríguez!

TRA.—Luego te desquitas, pero no juegues ahora. Anda. ¡Chichol!

ALF.—Anda, Chichito, anda...

RITA.—Que te vas a retrasar, hijo...

CHI.—¡Maldita sea la comedia y el autor!

TRA.—¡¡Vamos, hombre!!

CHI.—(*Desesperado.*)—¡¡Vamos!!

(*Mutis los dos.*)

ALF.—¿Qué le ha ocurrido?

GUA.—Un lance bufo...

RITA.—¿Cuándo?

GUA.—El lunes. Tras de anteayer.

ALF.—Cuenta.

CHI.—(*Entrando rápido.*)—Te suplico que no cuentes mentiras, ¿eh? Te lo suplico, ¿eh?

GUA.—Ninguna mentira.

CHI.—Como yo lo sepa... ¡y lo sabré!

TRA.—(*Rápido.*)—¡¡Pero tú estás loco, Chicho!! ¡¡Vamos, hombre!!

CHI.—¡¡¡La comedia, el autor y la familia del autor!!!

(*Mutis ambos.*)

ESCENA VII

GUADALUPE, RITA y ALFONSA

RITA.—¿Qué fué?

GUA.—Que la rondaba, y la otra noche, de sopetón, le dijo que tenía que hablarle. Carolina le respondió que con mucho gusto, y quedaron de acuerdo para el lunes en casa de ella. Va Chichito puntual... muy acicalado, muy peripues-

to... y sale el marido... ¡muy amable!, ¡muy cariñoso!—¡¡¡Chichito...!!! ¡Tanto bueno por aquí...! —Si, señor...—Carolina se ha sentido un poco indispueta... dispénsela usted...—Sí, señor... —Pero ya me anunció que vendría usted a vernos. ¿Usted dirá Chichito...?

ALF.—¿Y qué dijo?

GUA.—Antes de contestar, le pidió a todos los santos de la corte celestial que se hundiera el piso... o que se incendiara la casa... Pero viendo que los santos tardaban en el incendio, salió del trance como pudo, diciendo que era una visita de compañero...

RITA.—Muy fino estuvo...

GUA.—El marido le estimó la atención, le abrazó tres o cuatro veces—aunque yo creo que Chichito le habría dispensado de todas ellas...—y le animó a volver cuando quisiera para estrechar los lazos del compañerismo.

ALF.—¿Y quién lo contó?

GUA.—Primero, Carolina; después, su marido, y ahora, todos. Todos, menos Chichito.

RITA.—¿Lo niega?

GUA.—La visita, no. Pero jura y perjura que no llevaba semejante intención. Y en eso le doy crédito: seguramente no llevaba intención de ver al marido.

ALF.—Eso, claro.

ESCENA VIII

DICHAS: TRASPUNTE. LUEGO FORRAGUEIRA

TRA.—Alfonsa... Rita...

(Mutis Traspunte, Rita y Alfonsa. Guadalupe cierra la puerta y empieza a cambiar de ropa.)

GUA.—(Oyendo llamar a la puerta.)—Adelante.

—Tienes que encargarte del papel de la Antonia, para mañana.

GUA.—¡Imposible! Es muy largo.

FOR.—Se corta la mitad... y es lo mismo. Lo ensayaréis por la tarde, y ya le diré al apuntador que grite un poco más por la noche.

GUA.—Así saldrá ello. ¿Y traje?

FOR.—El de la Antonia. Que te lo arreglen.

GUA.—¡Es que a ella se lo habían arreglado ya de otro!

FOR.—¿Qué más da eso? Desde las butacas no se nota nada.

CAPITULO V LONGINIA